

EL CUENCO TIBETANO

Pasado y hoy, libros y existencia.
Eso somos. O deberíamos.

El viento no olvida las raíces de la llama.
Es testigo de luchas, sangre y muerte.
También de luz amarilla.

Nos alerta. Prefiere palabras en párpados;
polvo y arcilla en los pies; manos juntas.
Recorre la huerta para mirar los frutos del estiércol.
Nos convocará ante el cuenco tibetano.

Escuchad las vibraciones y lo agudo de la cicatriz.
Sed valientes.

AHORA CAPTAS EL TRASPIÉ

De repente ves un resplandor, una navaja
que te dice: dame la cartera y tranquilito.
Respondes que ya no vas al colegio y sospechas
los grafitis de unos rayos de acero en el vientre.
Ahora captas el traspié, pero te deshielas
en un bermellón que ya querrían los pintores.
Fumas un cigarro y asoma la dama eterna
—esa que tanto te desea en estos segundos—,
y gritas: ¡Al fin alguien me hace caso y me quiere!
Son lentas las caladas sólidas que respiras
—como los archivos gratis de internet—. Lo asumes.
Caes en un mareo. Qué haces, dice tan bella,
es tu cigarro, aún es tu tiempo, no lo apagues.

CLAUSURA

En silencio te unes a las sombras.
Nadas por la geometría
de los ladrillos hacia el huerto
y sus espectros verdes.
Abandonas la noche yendo a las rejas.
El aire es lápida en el pórtico y los cantos
esposan los dedos. No pasean las horas
por la fuente en ese escenario
en el que todo parece ser.
Ahora, sin luz en la sonrisa,
desde el frío, recuerdas el calor;
desde el desierto, el mar;
desde tu cruz, nuestras velas.
Suspiras y por un momento
querrías abrir el pasado de faldas,
blusas y tacones que impulsaban
tus piernas saltos de agua.